

IRINA HAUSER



REBELIÓN EN LA CORTE

Los Supremos en la era Macri



Espejo de la Argentina  Planeta

IRINA HAUSER

REBELIÓN EN LA CORTE

Los Supremos
en la era Macri

Con la colaboración de
LUCIANA BERTOIA

Espejo de la Argentina  Planeta

El golpe

En la tarde del 11 de septiembre de 2018, una mujer de boca grande, piernas largas y pelo largo lacio rubión quebró el silencio que impregna los rincones del Palacio de Justicia: «¿Dónde está el champán?», y enseguida propuso entre risas: «¡Compremos!». Era Elenita Nolasco, hija de la vicepresidenta de la Corte Suprema, Elena Highton de Nolasco. Estaba exultante.

Para los habitantes de Tribunales, esa fecha tan particular dejó de evocar exclusivamente el atentado a la Torres Gemelas o el Día del Maestro. Para los más progresistas, sembró una curiosa coincidencia con el día en que Salvador Allende resistió hasta la muerte el golpe de Augusto Pinochet.

Era martes, día que los jueces supremos suelen tener sus plenarios, también llamados «acuerdos». Se juntaron a las diez de la mañana y se ubicaron, como siempre, de un solo lado de la mesa de madera reluciente. Tienen asignados lugares fijos, como las familias tradicionales cuando se sientan a comer, pero dado que es un mueble que fue diseñado para un tribunal más grande, siempre quedan cinco lugares vacíos. Es difícil entender cómo hacen para hablar entre todos

al quedar dispuestos formando una medialuna. De hecho a veces hablan poco, porque llevan sus decisiones negociadas de antemano, y solo se dedican a estampar su firma en los expedientes que un secretario les alcanza desde atrás, por encima del hombro. El recorrido, juez por juez, respeta un orden: primero firma quien preside el tribunal, luego su vice, después el decano —integrante de la Corte de mayor antigüedad— y, así, en forma decreciente hasta el más nuevo o nueva.

Al cabo de una hora de reunión, Ricardo Lorenzetti hizo su ademán habitual de sacar pecho. Era un gesto que, en los once años que llevaba como presidente de la Corte, repitió tanto al encarar grandes eventos como pequeños actos rutinarios. Luego preguntó con solemnidad si quedaba algún tema por tratar. Mientras apilaba sus papeles, como quien ya da la reunión por terminada, su colega Carlos Rosenkrantz, el más nuevo de todos los jueces, visiblemente afín al gobierno de Mauricio Macri, lo frenó con parquedad:

—Sí, hay un tema más. Adelantar la renovación de autoridades. Es lo que vos mismo planteaste —lo desafió.

Rosenkrantz trataba de sacar la voz desde lo más profundo de su ser, pero estaba pálido. Tenía el gesto de quien está por rendir uno de los exámenes más difíciles de su vida.

Lorenzetti quedó estupefacto, ante un hecho contundente que ponía en jaque la capacidad de controlar todos y cada uno de los movimientos en la Corte que hasta entonces dominaba en forma exclusiva. Por primera vez tambaleaba aquello que había logrado consolidar a través de un trabajo lento y arquitectónico. Había perfeccionado un liderazgo y un poderío únicos en su especie, con ascendencia sobre la familia judicial y sobre la corporación empresaria, y conseguido un clima de amenaza latente, constante, hacia el poder político,

que incluía la sombra de su figura como una alternativa presidencial ante un escenario de crisis institucional. Bastaba verlo caminar, u oírlo dar un discurso, para advertir que quería siempre más. También un nuevo mandato de presidente supremo.

—Yo quiero ser el nuevo presidente de la Corte —lo apuró Rosenkrantz.

Lorenzetti comenzó a tartamudear, movía las manos de manera exagerada y pedía «hablar entre todos».

—Nunca me comentaste tus intenciones —le recriminó a su colega.

—Vos me dijiste, Ricardo, que yo tenía que ser el nuevo presidente. Me lo dijiste en mi despacho —lo expuso el aspirante.

—¡Esto no puede ser! ¡Es una traición! Nunca se vio algo así en la Corte —tronó Lorenzetti, alguien que pocas veces pierde la calma.

Era cierto. O casi. Desde los años noventa, con la Corte menemista, no se había visto una escena tan virulenta en el mundo acartonado de los supremos. Todo estaba trastocado aquel día. La jueza Highton de Nolasco, que solía mantenerse callada en las reuniones, confrontó sin sutileza con el presidente en peligro, quien había sido su aliado y sostén durante una década:

—¿Cuál es la sorpresa? ¿No te acordás cómo lo sacamos de la presidencia a (Enrique) Petracchi después de reunirnos en secreto en la casa de (Nicolás) Reyes?

Reyes, ya fallecido, fue un administrador todoterreno del tribunal en los tiempos de la llamada «mayoría automática». Supo acomodarse cada vez que cambiaba el viento y colaboró, en el ejercicio de una función con impronta política, con el afianzamiento de la Corte, que quedó conformada después de que Néstor Kirchner empujara al abismo a los supremos

noventistas. Incluso tuvo un papel protagónico en la estrategia para llevar al «abogadito de Rafaela» —como le decían a Lorenzetti, invocando el nombre de su pueblo, cuando llegó al tribunal y no conocía ni la puerta del Palacio de Justicia— al trono mayor.

Lorenzetti volvió a usar la palabra «traición» para referirse a Highton, su vicepresidenta, y le recriminó delante de todos una supuesta deslealtad de su hija, para quien él había creado una secretaría judicial a medida. Se llama «Secretaría de Relaciones de Consumo» y tiene un volumen irrelevante de trabajo, pero le permitió a ella obtener la jerarquía de camarista y tener más poder que cualquier secretario o secretaria.

Había dos personas dentro de esa sala de acuerdos, saturada de aire irrespirable, que no tenían ni la menor idea de lo que estaba por ocurrir. Uno, sin duda, era Lorenzetti. El otro, Juan Carlos Maqueda.

—Yo apoyo a Ricardo —espetó este con un golpe de puño sobre la mesa.

Lorenzetti pedía tiempo. Estaba convencido de que todavía tenía alguna posibilidad de éxito. Pero Rosatti le regaló una sorpresa:

—Estos tres votos no van a cambiar —afirmó al cerrar todo margen de discusión. Le quería decir que Rosenkrantz, Highton y él ya habían pactado.

—Pero ¿vos te vas a votar a vos mismo, como hacía Julio Nazareno? —increpó Lorenzetti a Rosenkrantz con una provocación alusiva al ex supremo emblemático de la Corte de Carlos Menem, que siempre andaba con un habano en la mano.

La escena se volvió densa. El todavía presidente buscaba estrategias para prorrogar el desenlace. Estaba enceguecido. Maqueda le puso un límite:

—Pará, Ricardo, yo sé de política. Acá hay una mayoría.

En una Corte de cinco miembros, que es la integración que decidió darle en 2006 una ley impulsada por la entonces senadora Cristina Fernández de Kirchner —y que recuperaba la composición histórica, gestada en 1860—, tres votos hacen mayoría. Es suficiente para firmar una sentencia, para tomar en decisiones que impacten en la vida política o económica, o también para derrocar a un presidente del propio tribunal. Es una gran concentración de poder en pocas manos, que durante años Lorenzetti pudo dominar. Pero que desde la llegada de Mauricio Macri a la Casa Rosada se le fue de las manos.

La mayoría que había decidido consumir el golpe interno, también tenía resuelto cortar el mandato de Lorenzetti casi de inmediato, a pesar de que casi tres años antes lo habían elegido hasta el 31 de diciembre de 2018. Sin embargo, el nuevo presidente asumiría el 1º de octubre. El argumento oficial era que un nuevo titular de la Corte debería encarar con el Poder Ejecutivo la discusión por el presupuesto judicial. El texto final solo diría: «Es aconsejable, mediante la presente acordada, excepcionar en este caso lo dispuesto por el reglamento de tal modo que las nuevas autoridades comiencen su mandato de tres años a partir del 1º de octubre».

El texto de la acordada que expulsaba a Lorenzetti de la presidencia y coronaba a Carlos Rosenkrantz ya estaba escrito. Solo faltaba que quedaran las firmas en el papel. Maqueda pidió ir al baño y cuando volvió a la sala de acuerdos le aconsejó a Lorenzetti:

—Ya está, Ricardo, basta, votá vos también.

En sus últimos minutos de presidente, Lorenzetti sorprendió a todos con el anuncio de su decisión:

—No hagamos entrar a esta Corte en el ridículo, yo te voto, Carlos.

Rosenkrantz, igual, se votó a sí mismo y el resultado fue cuatro contra uno (Maqueda).

En la sala de alfombra roja, que está exactamente al lado de aquella donde se celebran los acuerdos, aguardaban todos los secretarios de la Corte. Es común que estén allí, y los hagan pasar según los temas que los jueces van tocando. Pero esta vez tuvieron que esperar más de tres horas sin saber qué sucedía.

—Alguien va a tener que comunicar esto —planteó Rosatti, a quien algunos funcionarios cortesanos bautizaron «el relajador», porque tiende a asumir el papel del que trata de aflojar las tensiones. Lorenzetti se hizo cargo estoicamente.

Abrió con ímpetu la puerta que conecta un salón con otro. Su cara estaba completamente roja, como si le hubiera subido la presión.

—Quiero decirles que hubo un cambio de autoridades. El doctor Rosenkrantz será el nuevo presidente desde octubre, y la doctora Highton de Nolasco continuará como vicepresidenta.

Los secretarios y secretarias estallaron en aplausos.

—¡Y un aplauso para el doctor Rosatti! —gritó desde un costado Elenita Nolasco. Era una forma de señalar al ingeniero de la jugada maestra.

* * *

En años anteriores, aunque algunos supremos se llevaran a las patadas entre sí, cada vez que entraban a la reunión de acuerdos, mostraban sonrisas amplias y hacían chistes para distenderse. Algunos comentarios del fallecido nonagenario Carlos Fayt se popularizaron y circulan todavía, actualizados,

por tribunales. El apodo de «piel de valija» que le dedicó alguna vez a Raúl Zaffaroni, por la frecuencia de sus viajes, fue heredado por Rosenkrantz gracias a funcionarios que conservan el sentido del humor. En otro tiempo festejaban los cumpleaños. Había regalos, saladitos y algo dulce. Ya no. Y no es por austeridad.

Entre los jueces de la Corte, la extraña armonía lograda en años comenzó a romperse cuando Macri, en cuanto asumió la presidencia, intentó hacer entrar por la ventana a Rosatti y a Rosenkrantz, al designarlos por decreto, en comisión, pretendiendo pasar por alto al Senado.

Lorenzetti tenía larga experiencia en maniobrar la renovación de autoridades para asegurarse el cargo. Esto fue propiciado a lo largo del tiempo, a la vez, por sus colegas, que no querían agarrar el timón por nada del mundo. La última vez, en 2015, había adelantado ocho meses la votación de presidente supremo para garantizarse el voto de Fayt, de 97 años, cuya salud pendía de un hilo y por ende su permanencia en la Corte. Así fue como se ganó la presidencia, mandato que debía llegar hasta el último día de diciembre de 2018.

Las fechas importan. Atesoran significados. El 7 de agosto, día de San Cayetano, patrono del pan y del trabajo, se percibía la escalada del dólar. Estaba a 28 pesos, pero para fin de ese mismo mes ya rondaría los 40. En aquel acuerdo, Lorenzetti habló de la situación precaria del Gobierno, de que la economía no reaccionaba como la Casa Rosada esperaba, de que el dólar se disparaba y que, por todo esto, la institucionalidad se encontraba comprometida. Hablar de la institucionalidad y su estabilidad fue y es una de las muletillas más conocidas del supremo.

—La Corte necesita fortaleza, necesita un presidente institucionalmente sólido —dijo.

No solo quería la re-re-re-reelección. También pretendía que sus colegas firmaran una carta respaldándolo ante los embates de la dirigente de la Coalición Cívica, Elisa Carrió, su denunciadora serial, que acababa de renovar los pedidos de juicio político en su contra. Lo que les sugería Lorenzetti era que lo habían hecho con el ex juez supremo Raúl Zaffaroni, cuando fue denunciado porque supuestamente en seis departamentos que tenía en alquiler funcionaban prostíbulos.

—Es un tema personal, lo tenés que resolver vos, Ricardo —le sugirió Rosatti.

A partir de ese día, en cada nuevo intento de Lorenzetti de conseguir un respaldo por escrito, la respuesta de sus pares directamente fue el silencio. Cada cual apartaba la mirada o se hundía en los expedientes.

El 21 de agosto, Lorenzetti volvió a la carga con la cuestión de la presidencia. También el 28. El despacho despojado de Rosatti comenzó a convertirse sintomáticamente en foco de reuniones. Fue él quien, en un encuentro pequeño, dijo:

—Mi candidato es Maqueda.

Sin embargo este no aceptó, «por razones privadas, domésticas y de salud» —todo el mundo sabe que prefiere manejar hilos en las sombras—. Highton planteó:

—Yo quiero seguir como estoy —O sea, como vicepresidenta.

En rigor, para Highton ser presidenta hubiera sido un problema grande, porque ese cargo generaba una cuestionable dependencia directa a su hija, que ya arrastraba una causa judicial por su controvertido nombramiento como secretaria. Rosatti dijo que estaba concentrado en los fallos y en escribir libros. Una forma elegante de eludir asumir tamaño papel en medio de la reconfiguración de la Corte y con el panorama político verde, y no solo por el dólar.

Por default, quedaban dos candidatos: Lorenzetti, que se autopostuló raudamente. Rosenkrantz, que no respondía. En el ínterin falleció su madre, por eso ningún supremo quería abordarlo. Por esos días, algunos habitantes de la Corte comparaban al tribunal con el Samba del viejo Italpark, con gente volando, sacudida y cayendo al suelo.

Rosatti analizaba el escenario con visión de futuro. Comenzó un intenso trabajo de hormiga para convencer a Rosenkrantz, que además de tener tics de altanería, era una figura de extremo agrado del Gobierno. Así fue que Rosatti le transmitió los que para él debían ser los pilares de la gestión de una Corte con identidad propia: había que romper con la centralización de las decisiones, típicas de la «era Lorenzetti», los expedientes deberían tener una fecha tope para ser resueltos, los secretarios y secretarías de la Corte deberían tener funciones más profesionales e invertir menos tiempo en redactar puros «memos», había que apuntar a mejorar la baqueteada imagen de la Corte —para entonces tenía 70 por ciento de imagen negativa, junto con todo el Poder Judicial— con fallos fuertes y un funcionamiento colegiado que alejara las especulaciones de corrupción. El espíritu colegiado es una marca peronista, propia de hombres como Rosatti y Maqueda. Rosenkrantz aceptó la postulación a la presidencia, haciéndose el distraído con esas cuestiones. A él le quedó la tarea de convencer a Highton de Nolasco de darle su apoyo.

Entre el 4 y el 11 de septiembre, la Corte vivió un tembladeral. Los supremos se veían tres o cuatro veces por día en pequeños grupos.

—¡La tengo! —anunció Rosenkrantz tras seducir a la jueza.

Era un dato clave: ya había mayoría para dar el golpe. Aun así, con un coqueteo exasperante, Rosatti le dijo:

—Igual voy a escuchar a Ricardo.

—¿Vos qué Corte imaginás para el futuro?—le preguntó Rosatti a Lorenzetti, el lunes 10 por la tarde.

—Más reuniones con los gobernadores, más contacto con actores de la política —le respondió.

No había sintonía entre los santafesinos. Era evidente, desde hacía rato. O desde siempre. Lorenzetti dejó el despacho con la idea de que el único voto que tenía en su contra era el de Rosatti, que le había dicho a las claras «yo no te voto». Este corrió al despacho de Rosenkrantz y le anunció:

—Mañana es el día.

En la Casa Rosada festejaron la expulsión de Lorenzetti de la presidencia como un triunfo propio. Desde mitad de año venían provocando versiones acerca de su salida, que los grandes medios repetían como verdades. El gran operador de Macri en tribunales, Fabián «Pepín» Rodríguez Simón, también amigo entrañable de Carrió, se jactaba ante la mesa chica del Presidente y frente a los periodistas de estar en constante comunicación con lo que llamaba «el mundo Rosatti» y el «mundo Highton». «Tenemos a Rosatti de nuestro lado», anunció en Balcarce 50 cuando supo el resultado de la votación de autoridades cortesanas. Lo dijo como quien vislumbra tener mucho más que un voto, en este caso a favor de Rosenkrantz. Vislumbraba un gran aliado. Pero todavía no estaba claro quién «tenía» a quién.

Carrió tampoco quiso quedarse fuera de la jugada y mandó a su emisario para asuntos cortesanos, el diputado Juan Manuel López, a tocar la puerta de Highton de Nolasco. El encuentro fue corto. No pasó de los diez minutos. El legislador se puso nervioso ante la presencia de la jueza. Arrancó contándole que había rendido su segundo examen de Derechos Reales en la cátedra de ella el mismo día de su jura como nueva integrante de la Corte.

—Quería transmitirle que Carrió no tiene un candidato para la presidencia de la Corte. Puede ser cualquiera menos Lorenzetti —le dijo López.

—Yo tenía entendido que el candidato de la diputada era Rosatti. Ya hablaremos el tema entre nosotros —apuró el final de la charla la jueza.

Antes de irse, López le agradeció a Highton que no hubiera firmado la declaración que impulsaba Lorenzetti de apoyo ante los embates de Carrió.

—Nunca me pareció que hubiera que hacerlo —dijo Highton mientras despedía al diputado que le llevaba medio cuerpo de altura.

El séquito de sabihondos judiciales que solía rodear a Macri decía que el Presidente había quedado verdaderamente sorprendido con el golpe interno en la Corte, a pesar de que lo esperaba.

Aun después de hacer gala pública de su profundo desprecio hacia Lorenzetti, y de habilitar a Carrió para que insistiera con los pedidos de juicio político en su contra, Macri lo incluyó en la lista de sus invitados selectos a unas suntuosas comidas en la Quinta de Olivos que organizaba con su esposa, Juliana Awada, ideadas para reunir a personalidades de distintos ámbitos con algún hilo conductor entre sí. Mientras el país se desmoronaba, se juntaban a hablar de una realidad imaginaria, o apetecible para ciertos bolsillos y ambiciones. A Lorenzetti lo llamó Anita, la secretaria de Macri, para hacerle la invitación formal. Fue en compañía de su esposa veintiséis años menor, Mara Perren, de un juzgado de Rafaela. Los comensales parecían particularmente elegidos, varios de ellos amigos o cercanos al juez: el histórico dirigente y operador radical Enrique «Coti» Nosiglia; el subdirector del diario *La Nación*, Fernán Saguier, un habitué de los pasillos supremos, y

el titular del comité Olímpico, Gerardo Werthein. También estaba el dueño de la multinacional Arcor, Luis Pagani. Todos con sus parejas. El banquete fue el 16 de octubre. El día después, corría una humorada por Tribunales: «¿Vieron la fiesta de despedida que le hizo Macri a Lorenzetti?».